

## *Una nueva identidad para Turquía*

**IGNACIO RUPÉREZ \***

Más de 70 años después de la constitución de la República en Turquía, parece como si entonces se hubiera pretendido edificar un país a base de rechazar sus más profundas señas de identidad, aunque fuera por rechazar toda vinculación al Imperio Otomano, degradado todo a lo largo del siglo XIX y derrotado finalmente en la Primera Guerra Mundial. También parece que en esta década Turquía se recupera de la pérdida de su pasado y que la República, establecida sobre las bases de la secularidad, el occidentalismo, la centralización y el abandono de cualquier veleidad pro árabe o pro musulmana en su política

exterior, pro otomana en definitiva, se ve sometida a tensiones revisionistas, de notoria magnitud y de signo contradictorio.

Tales tensiones hacen de Turquía, especialmente en los años 90, un ejemplo de originalidad y de novedades diversas que no dejan de acentuarse. Desde el primero de enero de 1996 es el primer país que dispone de un tratado aduanero con la Unión Europea sin ser miembro de ésta. Y desde el mes de julio, también de 1996, el primero en que se ha realizado la integración de un partido islamista, el Refah o Partido del Bienestar, en una coalición gubernamental formada tras las elecciones de diciembre de 1995.

Entonces el Refah resultó el partido más votado. En ambos planos, el religioso y político, y en el económico, el éxito y el riesgo de la experiencia turca pueden adquirir una importancia ejemplar en los movimientos de integración y diálogo entre Occidente y el Islam.

Después de las experiencias dramáticas que para sí mismos, y desde luego para Occidente, se han acumulado con los casos de Irán y Argelia, Turquía habría sido el error hipotético en que no se podría caer de nuevo, y que podría acarrear costes infinitos para la estabilidad de una amplia zona de Occidente. El error, del que esos dos países, así como otros de la órbita musulmana y árabe, están suministrando astronómicas facturas contra su propio desarrollo y contra sus relaciones con Occidente, ha consistido en negar o rechazar de plano la virtualidad política y la legitimidad religiosa a los diversos movimientos de regeneracionismo, fundamentalismo o integrismo que están surgiendo en el Islam. Y en abandonar a los países que experimentan tales movimientos —no hay país árabe o musulmán que se libre de ellos— en el círculo del subdesarrollo y la marginación, alejados del progreso y del bienestar occidentales.

Al menos formalmente, y situada al principio de un camino incierto, Turquía parece estar sorteando los peligros que proceden de aislar y crispar al importante sector político, en el Islam y en toda la vida nacional, que representa el Partido Refah, así como los peligros de sentirse aislado y rechazado como país por parte de Occidente a causa de su condición musulmana, su política de derechos humanos, por la represión de los kurdos o por los profundos prejuicios históricos que en Occidente funcionan aún contra todo lo

otomano. Los resultados de las elecciones generales de diciembre de 1995, presididas por la gran fragmentación partidista, tanto en la derecha como en la izquierda, hicieron suponer, como así fue, la repetición de una etapa de coaliciones gubernamentales inestables y de incertidumbre política sustancial, entre otras cosas por la gran división del Parlamento y las pésimas relaciones personales entre los principales líderes políticos.

### *Coaliciones efímeras*

La primera coalición entre Tansu Ciller (Partido de la Recta Vía) y de Mesut Yilmaz (Partido de la Madre Patria), sólo duró hasta el mes de marzo. La segunda coalición de Tansu Ciller con Necmettin Erbakan (Partido del Bienestar o Refah), tiene el gran mérito político de integrar fuerzas islámicas por primera vez en un sistema democrático, lo que tampoco es garantía absoluta de continuidad gubernamental. El Refah es un partido bien organizado y que ha dado suficientes pruebas de honradez y de efectividad en el gobierno municipal de varias ciudades, Estambul entre ellas. En sucesivas pruebas electorales, entre 1978 y 1995, el Refah ha pasado del 7 por ciento al 21 por ciento de los votos llegando a ser el partido que obtuvo más votos en las últimas elecciones generales, el 21,6 por ciento de los votos.

Erbakan declaró en diciembre de 1995 que en caso de integrarse en una coalición los dos principales objetivos de su partido estarían en la defensa de la democracia y de los derechos humanos. El Refah está suficientemente integrado en el paisaje político turco. Respeta los principios republicanos y el sistema legal y la economía de mercado, atemperado eso sí

por unas buenas dosis de paternalismo social. No propugna en su programa la introducción de la Sharia y durante 20 años se ha beneficiado del apoyo directo o de la complicidad secreta del resto de las fuerzas políticas. El mismo Erbakan ha sido Viceprimer Ministro en tres coaliciones gubernamentales en los años 70. El reconocimiento, aunque limitado, de la importancia electoral del Islam político, puede suponer un valioso movimiento en la asimilación de fuerzas de gran predicamento popular y cuya inclinación radical está en razón directa a la marginación política.

No otra cosa ha ocurrido con los sectores islámicos a los que en Argelia se impidió el acceso al poder. La participación del Refah en el Gobierno no asegura, ni mucho menos, la estabilidad gubernamental durante un tiempo razonable. Pero sí introduce una buena dosis de realismo en la vida política de Turquía, costreñida como por definición a seguir los esquemas del Estado creado en 1924, muy ceñida por los militares y claramente insuficiente para abordar las grandes transformaciones que implica la Unión Aduanera con la Unión Europea, o los grandes peligros de la cuestión kurda. Es decir, Turquía es un país que cambia de piel o recobra rasgos de su pasada identidad, con sensibles cuestiones pendientes que resolver. Para ello necesita integrar todos los sectores políticos en el cuadro de la vida política democrática.

Con 63 millones de habitantes, en 1945 sólo el 18 por ciento de la población residía en las ciudades. Hoy tal porcentaje ha pasado a ser del 75 por ciento. La población turca no sólo es predominantemente urbana, también es joven en su mayoría; más de la mitad tienen menos de 25 años. De alguna

manera su voz y la de las clases más necesitadas y desorientadas por el cambio social y la atracción de Occidente, tiene un eco no desdeñable en el Refah y en otros sectores islámicos más radicales. Su vinculación al poder puede contribuir a mejorar el tratamiento de la cuestión kurda, la situación en los derechos humanos y el pavoroso déficit presupuestario que en 20 años ha provocado una tasa media de inflación del 60 por ciento anual. Por ejemplo este año se estima que el servicio de la deuda alcanzará el 37 por ciento del Presupuesto, dejando muy poco para escuelas, hospitales y carreteras.

Se ha comparado la situación de los derechos humanos en Turquía con la que existía en Argentina y Chile en los años 70. Según Amnistía Internacional en el año pasado hubo 130 asesinatos políticos, entre ellos 15 muertes producidas en prisiones y que podrían haber sido ocasionadas por la práctica de la tortura. Durante 1995 se asistió a un revelador debate sobre la situación de los derechos humanos, por parte del Parlamento Europeo. Centrándose especialmente en las violaciones que genera la lucha contra los separatistas kurdos, el Parlamento condicionó la ratificación del Tratado de la Unión Aduanera a las mejoras en la situación de los derechos humanos, el tratamiento renovado de los problemas de la minoría kurda, así como la mejora de las relaciones entre Grecia y Turquía.

### *Vocación occidental*

Habría sido excesiva y contraproducente la no ratificación del Tratado, ante las aspiraciones de un país que no ha superado ciertos complejos históricos pero que, sin prisa pero sin pausa, no ha dejado

de moverse de manera paulatina en la dirección de la democracia y de la vinculación con Occidente. La gran presión política internacional favorable a la ratificación se contraponía a una acuiuu luiuaiiieiiiiiaisia y rauícaí en materia de los derechos humanos por parte de ciertos sectores representados en el Parlamento Europeo. Su intransigencia política, quizás afortunadamente fracasada, sirvió sin embargo y a través de debates y ponencias en el Parlamento, para hacer un inventario expresivo de la gravedad de determinados problemas de urgente solución para el país. El problema kurdo muy especialmente.

Desde hace unos 12 años Turquía se empeña en solucionar militarmente un problema que carece de solución militar. El ciclo de terror y represión ha ocasionado grandes penalidades a la población civil, la destrucción de propiedades, cosechas y ganado, el éxodo y el miedo, sin que desaparezcan los signos de una guerra endémica que afecta de manera muy sensible y muy negativa a la estabilidad del país, su imagen internacional y a sus relaciones con el entorno y con Occidente. Con el Gobierno de Turgut Ozal y después con el de Tansu Ciller, sin embargo, el problema kurdo empezó a ser sustraído de manos de la autoridad militar. Paulatinamente, y con menos celeridad de la que posiblemente sería precisa para el mismo problema y para la sensibilidad occidental, se está enfocando bajo el prisma de la autonomía cultural y la autonomía administrativa, según modelos en que frecuentemente se pone de ejemplo la experiencia española. Tal como fue fundado, el Estado turco todavía sigue obsesionado por la unidad nacional, con la pesadilla de la desintegración.

Esta obsesión y esta pesadilla, explicables en un país derrotado en la guerra y amenazado por los tratados de Sevres y de Lausana, ue alguna manera se nan invenido noy al abrirse en torno a Turquía un mundo nuevo e inmenso que permanecía cerrado en los límites de la Unión Soviética. La apertura al Asia Central, Oriente Medio y el Cáucaso ha realzado la posición esencial de Turquía como pivote en el mundo musulmán y puente entre la Europa Occidental y aquellas regiones. Turquía ha renovado su vocación europea, pero al mismo tiempo ha descubierto un mundo nuevo y relativamente inexplorado en que sus posibilidades de influencia económica, cultural y política resultan enormes. Sin embargo de manera inmediata, Turquía concede a sus posibilidades con la Unión Europea y el mundo occidental (Estados Unidos y la Alianza Atlántica en especial) un tratamiento prioritario.

Turquía se ha movido hacia el libre comercio con la Unión Europea durante 22 años. Incluso antes de que consiguiera la Unión Aduanera enviaba más de la mitad de sus exportaciones a los países de la Europa Occidental. Las medidas proteccionistas de la industria también están siendo desmánteladas poco a poco. El proteccionismo era otro de los factores esenciales en el modelo de Estado creado en el año 1924. Su revisión, como la del asfixiante centralismo que impide la comprensión y el tratamiento del problema kurdo, o como la del estricto secularismo que habría obstaculizado la vida política del Islam en un marco democrático, son indicios muy favorables del fortalecimiento de la democracia en Turquía, del impulso a su desarrollo económico y, en fin, de la vigorización de su figura en el plano de la política regional e internacional.